

Nota a la segunda edición

Con mucho gusto acepté la invitación que me hizo EUNSA de preparar una nueva edición de «*Qué dice la Biblia*». He hecho algunos retoques de redacción y he actualizado muchos de los datos, sin cambiar lo sustancial. El libro sigue dirigiéndose a un público amplio, culto aunque no especializado en temas bíblicos, interesado por saber lo que ha querido decir Dios en la Biblia, en cada uno de sus libros, dentro del marco geográfico e histórico en que fueron escritos. Espero, y así lo deseo, que esta nueva edición sirva para que sean muchas más las personas que se interesen por la Biblia, y conociéndola pueda hacerse realidad el deseo de san Agustín: «Que el mundo apartado de Dios lo escuche y crea, creyendo espere y esperando ame».

A.F.M.

Prólogo

La lectura de la Biblia compromete al hombre de una manera singular. Es verdad que, como dice el Salmo 19,2, «los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos», esto es, el hombre puede y aún debe, leyendo en la creación –que forma como un libro maravilloso– remontarse de la bondad y perfección de las criaturas a la suma Bondad, Belleza... del Creador (Sab 13, 1-9). Pero Dios ha querido revelarse no sólo de ese modo natural, a través de la contemplación de sus criaturas, sino también de otro modo más eminente, mediante intervenciones especiales, sobrenaturales, en determinados momentos y personas de la historia. Este modo sobrenatural del actuar divino constituye la Historia de la Salvación, que tiene su centro y su culmen en la Encarnación del Verbo y su vida entre los hombres (DV 4).

Tal Historia de la Salvación, que primeramente está constituida por unos hechos, se contiene en una colección de libros que, teniendo a Dios por autor, han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y como tales libros inspirados han sido entregados a la Iglesia, para que los custodie y los explique autorizadamente (DF 2; DV 11-12).

Muchos libros escritos por los hombres nos hablan de Dios, cada uno a su manera. En la Biblia, en cambio, es el mismo Dios quien nos habla de Sí. Esa Palabra de Dios requiere una respuesta del hombre (DV 6). Por eso decía antes que la lectura de la Biblia nos compromete ante Dios de manera distinta, incomparablemente más exigente, que cualquier otro libro escrito con sólo las fuerzas humanas.

El Cristianismo es una doctrina salvífica, contiene una moral perfecta; pero todavía es mucho más: es Cristo que vivió en la tie-

rra, que vive en los Cielos –a la diestra del Padre–, en la Sagrada Eucaristía y en cada uno de nosotros, los cristianos. La Sagrada Escritura, que es preparación y profecía de Cristo –Antiguo Testamento– y cumplimiento y testimonio del mismo Cristo y de sus Apóstoles acerca de Cristo –Nuevo Testamento– nos ofrece una historia que ya sucedió, y que, sin embargo, está todavía abierta y viva en el presente. Me explico: por ejemplo, quienes verdaderamente arrastraron a Cristo a la Pasión y Muerte no fueron sólo aquellos príncipes de los sacerdotes judíos que se empeñaron en recabar de Poncio Pilato la sentencia de muerte, sino mis pecados, los tuyos, querido lector, y los de todos los hombres, desde nuestros primeros padres hasta el fin de los tiempos. Lo que tú y yo hacemos ahora gravitó sobre las espaldas y el rostro y las manos y los pies de Jesús paciente y moribundo. Por eso la Biblia es una historia viva que, en cierto modo, hemos contribuido a escribir y seguimos escribiendo los hombres, aunque ya esté relatada en los libros sagrados. Tú y yo, lector, somos también actores en los episodios de la Historia de la Salvación. Ningún libro es más real, más vivo y más histórico que la Biblia.

Me ha pedido el autor del libro que ahora tienes en tus manos unas líneas que sirvieran de prólogo. El profesor Antonio Fuentes, como fruto de su ya larga tarea docente y de sus anteriores trabajos sobre la Sagrada Escritura, ha pretendido, querido lector, estimularte y guiarte en la lectura de la Biblia. Él va a explicarte muchas cosas que te serán de gran utilidad para esa lectura. Yo he atendido a su ruego al ver una ocasión más de contribuir a ponerte frente a Dios, frente a Jesucristo, mediante la lectura de los libros santos. Cumpló mi misión al anteponer estas líneas y pedir al Espíritu Santo que, de modo análogo a como inspiró los libros sagrados a los hagiógrafos, nos asista a todos nosotros en su lectura (DV 12), para que podamos penetrar en ellos y dar la respuesta que Dios nos pida.

JOSÉ MARÍA CASCIARO